

Olivares afirmaba en un artículo reciente sobre Ricardo B. Sánchez que en un panorama artístico como el español, tan escaso de propuestas fotográficas que no tengan una vertiente exclusivamente realista, la obra de este autor presenta la honorable peculiaridad de poder ser enmarcada en una tendencia más próxima a la abstracción, por más que parta –como siempre en fotografía– de algo real.(1)

Ricardo B. Sánchez se forma como fotógrafo en Boston y comienza a exponer en los años setenta en Caracas. En la capital de Venezuela trabaja durante toda esa década y la siguiente en una línea formal y documentalista, hasta que en 1987 se traslada a Madrid. Esta importante decisión personal coincide con su deseo de acentuar la dimensión artística de su trabajo. En su obra ha cuestionado siempre el pensamiento único que rige nuestra sociedad de consumo.

*Identidad VIII* es el fruto de la reelaboración de una fotografía que Sánchez realizó en 1978, cuando trabajaba como fotógrafo publicitario de la campaña electoral de Piñerúa Ordaz, candidato de Acción Democrática a la presidencia de la República de Venezuela; de hecho, la fotografía original de esta multitud asistente a un mitin se empleó en dicha campaña política. Años después, cuando su autor decide hacer otro tipo de fotografía, recupera y manipula estos trabajos de encargo anteriores para investigar los conceptos de orden, poder e identidad colectiva. Ricardo Sánchez amplía y pinta la fotografía original, añade unos cristales con la silueta de la hoz y el martillo en el lateral izquierdo, y vuelve a fotografiar la imagen resultante. El cristal tiene para él una simbología muy especial: es frágil y suave, a la vez que duro y cortante; cualidades contrarias en las que el artista encuentra cierto paralelismo con el comunismo.

La obra pertenece a una serie que lleva el mismo título, realizada durante 1989 y 90, que integra –siempre al límite entre ambas– la fotografía y la pintura. Con la fotografía documentó manifestaciones multitudinarias y con la pintura transformó la información fotográfica, incorporando posteriormente símbolos filosóficos (la espiral, el triángulo), religiosos (la cruz, la estrella de David), políticos (la cruz gamada) y económicos (el dólar), que tratan de reflejar la historia de nuestra identidad social. Él mismo nos explica que “al crear este grupo de imágenes que tratan de reflejar cómo se condiciona y manipula a la humanidad para obtener un cierto orden social, la obra me induce a reflexionar sobre cómo la identidad de los símbolos que he pintado representan al poder que rige nuestro destino, y cómo el poder es el instrumento cultural que impone un sentido del orden”.(2)

Posteriormente, Sánchez ha tratado el tema de la ilusión, la verdad y el engaño en la existencia humana basándose en imágenes taurinas. Y ya hacia la mitad de la década de los 90 desarrolla una orientación más espiritual, investigando la luz con los mínimos recursos posibles, obteniendo así obras muy abstractas, protagonizadas por algo tan informe y lábil como es la luz.

## NOTAS

1 Rosa Olivares, “Ricardo Sánchez”, *Lápiz*, 152, Madrid, abril 1999, p. 83.

2 Texto inédito del artista titulado *Identidad*, p. 3.

José Martín Martínez, *La donación Martínez Guerricabeitia. Catálogo razonado*, Fundación General de la Universitat de València, 2002, pp. 308-309.